

socialismo no era utópico sino científico. Lo mismo dijo Engels y todos los marxistas, de Bernstein a Kautsky, de Rosa Luxemburgo a Lenin. Si se quiere ser exacto, hay que hablar del fin de un tipo de socialismo que se pretendió científico: el marxismo. Los supuestos centrales del pensamiento marxista han sido refutados por la historia. Por ejemplo, una de sus afirmaciones esenciales consistía en ver al proletariado como a una clase universal y revolucionaria *per se*. Ha pasado más de un siglo desde que apareció el *Manifiesto Comunista* y no han surgido revoluciones proletarias, en el sentido verdadero de la palabra, en ningún país desarrollado. ¿Qué queda del marxismo? Muchas cosas y algunas de ellas muy valiosas. Queda su temple crítico y, sobre todo, su legado moral.

El liberalismo tampoco me parece un pensamiento político eterno. El liberalismo, aparte de haberse mostrado impotente, por lo menos hasta ahora, para resolver graves problemas, como el desempleo, no responde a más de la mitad de las cuestiones esenciales que los hombres se hacen. El liberalismo nada nos dice sobre la igualdad y la fraternidad. A mí no me satisface ni nunca me ha parecido un ideal de vida el mundo que nos ofrecen las democracias liberales capitalistas. Vivimos hoy una pausa histórica porque las recetas revolucionarias y las del liberalismo han mostrado muchas insuficiencias. Hay que elaborar un nuevo pensamiento político. A esto me refería cuando hablé de la caducidad de los términos «izquierda y derecha».

Un nuevo pensamiento político debería volver a los clásicos de nuestra tradición. También tendría que rescatar lo rescatable del gran siglo XIX: el pensamiento libertario y el socialista. Tendría que tener en cuenta a la ciencia, sobre todo a la biología molecular y a la genética. Por último, no temo repetirme, debería recoger las visiones sobre el hombre y la sociedad que nos han dejado nuestros grandes poetas y novelistas. Concebir un nuevo modelo de sociedad implica reconsiderar nuestras ideas acerca de la propiedad privada y sus límites; el nacionalismo, en su esencia legítimo, pero que se ha vuelto la enfermedad ideológica de este terrible fin de siglo; la democracia... Es claro que debemos repensar la cuestión de la democracia. El modelo político que nos presentan las sociedades desarrolladas es una versión degradada del ideal democrático. Es irónico: mientras nosotros luchamos por convertir a México en una verdadera democracia, en las democracias europeas y en la norteamericana aparecen lacras que no previeron los fundadores. En *Itinerario* me he ocupado sobre esto, con alguna extensión. Naturalmente lo que digo ahí son opiniones; no son ni quieren ser una teoría o un sistema.

—*Me parece que tiene usted una visión optimista del futuro.*

—¿Le parece? Yo diría lo contrario. No me resigno a este desastroso fin de siglo, lleno de sangre, lodo y estupidez. ¿Comienza una nueva edad

bárbara, como la de los siglos oscuros después del fin de la antigüedad grecorromana? Ya le dije lo que temo: la barbarie técnica.

—¿Llegará el hombre a superar las ideologías?

—Las ideologías nacen y mueren. Son más resistentes las ideas y aún más las creencias. Más abajo, más hondo, están los sentimientos y las emociones. El secreto de la perennidad de las religiones es que son una respuesta a los sentimientos más profundos del hombre. La muerte, la conciencia de morir, es la señal del nacimiento del hombre: al nacer sabemos que moriremos. Por esto, porque somos mortales, tenemos religiones. O sucedáneos groseros de la religión, como las ideologías y las supersticiones. Unos pocos, los más valientes, en lugar de creencias religiosas tienen convicciones filosóficas. Entre la religión y la filosofía están la poesía, la literatura y el arte: no son una respuesta sino una *expresión* de la condición humana. Por esto el arte y la poesía duran más que las religiones y las filosofías: ya nadie cree en Zeus o en Palas Atenea, pero muchos siguen leyendo *La Odisea* y *La Iliada*. Casi nadie cree en los milagros que pinta Giotto pero su pintura permanece. Tampoco es necesario ser budista para contemplar y amar los frescos de Ajanta.

—¿Algún día ha pensado que la poesía podría ser el alimento espiritual de la sociedad?

—Siempre lo he creído. Incluso ahora. ¿Se ha fijado que en tiempos de guerra o de revoluciones la gente lee más poesía que en épocas de paz? La poesía es un arte sintético: en una frase expresa un mundo. En esto, la poesía lírica es superior a la novela y a la poesía épica. ¿Quiere saber lo que son los celos para un enamorado? Lea a Catulo. Lo dice en dos líneas: «Amo y odio —no sé por qué pero lo sufro...».

—¿Dividiría su trabajo poético de un pensamiento político?

—Lo divido, sí. Mis textos políticos están fechados y no están destinados a durar. Yo no soy un pensador político: soy un hombre con ciertas ideas políticas y con algunas opiniones. No ofrezco a mis contemporáneos un sistema o una filosofía. Mis opiniones son circunstanciales y, en cierto modo, pragmáticas. Son el resultado del ejercicio de mi libertad como ciudadano. Mi pasión por algunos temas políticos es de orden moral y ha sido una consecuencia, como le dije al principio de nuestra conversación, de mi interés infantil por la historia. Niño aún, descubrí que el hombre es diverso y cambiante. Cada época y cada civilización es distinta. El amor a la historia me llevó a descubrir a los otros: culturas ajenas, épocas lejanas. De ahí mi interés por el mundo precolombino, por la India o por el Extremo Oriente. También por la historia de Occidente, comenzando por la de España: somos españoles por la cultura pero somos algo distinto. En México descubrí que era europeo; en Europa descubrí que era mexicano.

Los otros son parte de mi destino terrestre. Sin ellos no puedo ni comprenderme ni existir verdaderamente. Me parece que todo lo que acabo de decirle explica, no sé si cabalmente, mis escritos, no sólo sobre temas políticos sino sobre otras civilizaciones o asuntos de antropología, como mi pequeño libro acerca de Levi-Strauss. Otro libro mío que toca estas cuestiones desde un ángulo distinto al usual es *Conjunciones y disyunciones*. Es un examen del erotismo indio y oriental (tantrismo y taoísmo) frente al erotismo cristiano protestante y al moderno. Me parece que ahí expongo ideas que tienen alguna originalidad. Ese librito forma parte de un grupo de obras mías que giran en torno a lo que llamaba Fourier la «atracción pasional», es decir, la ley de la universal gravitación erótica. Una ley no menos poderosa que la de Newton. Me refiero a libros como *La llama doble*, el ensayo sobre Sade y otros textos.

—*Todo esto nos ha alejado mucho de la política.*

—No tanto. La política es el arte de convivir con los otros. Todos mis escritos están en relación —incluso en convivencia— con lo que a veces se llama la *otredad*. En mis poemas más íntimos, en los que hablo conmigo mismo, hablo con el *otro* que soy; en mis poemas eróticos, con la *otra*; en mis escritos en los que toco temas de religión, metafísica o filosofía, interrogo a lo *Otro*. Los hombres, todos los hombres, vivimos siempre con los otros y *ante* lo Otro. Esto y aquello: pertenecemos a dos mundos *distintos e inseparables*. Al comenzar nuestra charla hablamos de los juegos infantiles como una representación y una iniciación del juego trágico de los adultos: vivir y morir. El juego infantil requiere, para desplegarse, un espacio mágico que lo separa automática y efectivamente del espacio real. Esa separación es también unión. El espacio mágico del juego posee una realidad que, a pesar de ser imaginaria, no es menos real que la de la realidad. El jardín es el ejemplo más claro y universal de un espacio mágico profundamente real. Es el teatro de nuestros juegos pasionales.

—*En sus poemas hay muchos jardines.*

—Sí, hay muchos y todos ellos son el mismo jardín: es el espacio de la revelación. El jardín es naturaleza pero naturaleza transfigurada. El jardín es uno de los mitos más antiguos y aparece en todas las civilizaciones. Piense en el Jardín del Señor: el Edén, el Paraíso Terrenal. Es el reino perdido: la inocencia del primer día. El jardín simboliza la unidad primordial fundada en el pacto entre todos los seres vivos. En el paraíso el agua habla y conversa con el árbol, con el viento, con los insectos. Todo se comunica, todo es transparente. El hombre es parte del todo. La ruptura del pacto, la expulsión del jardín, es el comienzo de la inmensa soledad cósmica: las cosas, desde los átomos a los astros, caen en sí mismas, en su realidad solitaria; los hombres caen en el abismo transparente de su conciencia,

en su sinfín... El jardín restaura, así sea parcial y provisionalmente, el pacto del principio, la unidad original de la pareja, la reconciliación con la totalidad cósmica. En algunos poemas míos, a pesar de sus palmarias imperfecciones, alienta esa aspiración hacia esa realidad plenaria que simboliza el jardín en su fantástica geometría hecha de cielo y agua, árboles y prado, flores, pájaros, insectos, reptiles, gatos. El jardín es el teatro de los juegos de la infancia y de los juegos pasionales del amor. En mi caso, dos jardines: el de mi niñez, en Mixcoac, y el de mi madurez, en Delhi. Hablo de ellos en *Cuentos de dos jardines...*

La existencia de jardines en todas las civilizaciones y sociedades se explica, quizá, por la universalidad del deseo que satisface esa singular creación. Nostalgia de la unidad primordial entre el mundo humano y el mundo natural. Restaurar esa unidad, así sea precariamente, es entrever nuestra condición original:

La pareja es pareja  
porque no tiene Edén.  
Somos los expulsados del Jardín  
y estamos condenados a inventarlo...

## Revolución, Chiapas y Colosio

—*Hablemos de las revoluciones. Ha escrito usted que las revoluciones son «una pasión generosa y un fanatismo criminal, una iluminación y una obscuridad». Hemos vivido dos siglos de revoluciones: ¿hay otro camino en busca de la igualdad y la justicia?*

—Sí, hay otros caminos. No todas las transformaciones sociales han sido obra de la violencia revolucionaria. Tampoco es cierto que la violencia sea la partera de la historia. Con frecuencia, los frutos de esos partos violentos han sido fetos. Las revoluciones, como las religiones, son iluminación y obscuridad: San Francisco de Asís y el Inquisidor Torquemada, Marx y Stalin. La tendencia de las religiones y de las revoluciones a transformarse en regímenes que practican el terror desde lo alto —los ejemplos modernos son el Islam y las dictaduras comunistas— se explica, sobre todo, porque unas y otras introducen en la política nociones e ideas absolutas. La política, por definición, es el reino de los valores relativos: la tiranía, en cambio, se presenta casi siempre enmascarada por un absoluto: un hombre, una idea, un fetiche.

—*No se puede condenar de una manera absoluta a la violencia.*

—Claro está que no. Tampoco hay que idealizarla.

—*La revuelta de Chiapas ha provocado quiebras y rupturas en el sistema político mexicano.*

—Me alegra que usted la llame *revuelta* y no *revolución*. El levantamiento de Las Cañadas no es ni por sus dimensiones ni por su programa, una revolución. Por lo demás, con o sin conflicto chiapaneco, el sistema político mexicano tenía que experimentar la crisis por la que ahora atraviesa. Desde hace más de 20 años indiqué que, si no se hacían ciertas reformas democráticas, el sistema y el país entero se exponían a graves trastornos. Si no hubiese ocurrido lo de Chiapas, se habrían presentado otros conflictos. Las reformas electorales, aunque tarde, se han hecho y se están haciendo. Lo que debemos hacer ahora, especialmente después del cobarde asesinato de Luis Donald Colosio, es afianzar esas reformas y lograr que se realicen elecciones limpias. La disyuntiva es clara: o logramos crear las condiciones políticas para instaurar de manera pacífica una auténtica democracia o regresaremos a una época que las generaciones actuales no conocen pero que yo viví en mi infancia: revueltas, desórdenes y la perpetua amenaza de una dictadura personal (Carranza, Obregón, Calles). El asesinato de Colosio ha desenterrado muchos fantasmas. Hay que evitar el regreso del pasado. Y la única manera es afirmar los valores democráticos y los métodos pacíficos.

—*¿Y las autonomías para las comunidades indígenas?*

—Depende de lo que se entienda por autonomías. Apruebo con calor la idea, si se trata de preservar las culturas indígenas y de vivificarlas y renovarlas; las repruebo, si se pretende otorgar a grupos minoritarios un estatus jurídico, legal y político distinto al del resto de los mexicanos. No puede haber dos leyes ni dos naciones. Sería traicionar al proyecto nacional, un proyecto que comenzó en el siglo XVI y al que las Constituciones de 1857 y 1917 dieron plena actualidad y vigencia. México no nació como una confederación de naciones. En este sentido las autonomías políticas significarían un regreso al mundo precolombino y a su pluralidad de pueblos en lucha perpetua unos contra otros. En México no ha habido nunca «reservaciones» para los indios. Hay que satisfacer las justas demandas de las comunidades pero para ponerlas en igualdad de circunstancias y oportunidades con la sociedad mexicana, no para apartarlas y segregarlas. Lo contrario sería un arcaísmo suicida.

—*Cuando hablamos del fin de siglo y pensamos en una persona con ochenta años de edad, que hoy usted cumple: ¿cómo contempla el mundo y cómo se contempla Octavio Paz a sí mismo?*

—En un poema, «Elegía interrumpida», cuento los muertos de mi casa y al hablar de mí mismo me pregunto: *¿soy el error final de sus errores?* No puedo contestar esa pregunta. Soy humano, una criatura falible, con su fardo de pecado y de algunas cosas buenas. Pero no me arrepiento de mi pasado ni me doy golpes de pecho. Lo único que puedo decir es que

sigo amando la vida. La sensación con la que me levantaba de niño, al amanecer, cuando salía el sol en el pueblo de Mixcoac, ese aire frío de las mañanas de nuestro altiplano, me sigue pareciendo tonificante. Es un reto, una invitación a vivir. ¿Y la muerte? No cierro los ojos ante ella. Al contrario, quiero tenerlos abiertos. No se vive del todo si no vivimos con ella. Platón decía que filosofar es prepararse a morir. Yo diría que la vida misma es preparación para la muerte. Vida y muerte son mitades de la misma esfera. La muerte no es lo contrario de la vida: es su consumación. Si amo a la vida, ¿cómo podría temer a la muerte?

(Publicado en *La Jornada*, México, jueves 31 de marzo de 1994)